

## CAPÍTULO IV : Marie Métier

**L**levé a cabo mis planes, y como ya me había imaginado, la reacción de los dos fue inesperada consiguiendo que restablecieran una paz interior que creían perdida para siempre. Mi abuela quedó satisfecha con la entrega de su llave imaginando que podría con ello salvar la vida de su amante, y el padre Paul interpretó su gesto como el perdón que durante años había esperado escuchar de sus labios. Yo en cambio me sentía confuso, me preguntaba constantemente si había sido necesario caminar imaginariamente por el pasado para salvar una deuda del presente, y en algunos momentos me respondía que tan solo la ilusión y la fantasía eran elementos capaces de soportar el peso de una dificultad así.

Con la sensación de haber tranquilizado la conciencia de la abuela Marguerite, di por concluida mi estancia en París; los días habían pasado rápidamente buscando una verdad oculta y confusa, y tan solo me quedaba despedirme de ella y por supuesto de Marie. Sentí que mi querida y nueva amiga no entendía mi marcha o que si lo hacía, albergaba la esperanza de una intensa relación a distancia que nos mantendría de algún modo unidos de momento. No quise hacerlo, para mí nuestra aventura concluía con mi necesario regreso a Madrid y mis principios no habían cambiado para nada, sin embargo para ella las cosas eran diferentes, dejaba aflorar unos sentimientos cargados de amor y responsabilidad que nada pudieron

conseguir para impedir que me marchase. Intenté ser delicado y actuar sin herir, no me gustaba dejar un mal sabor de boca entre las mujeres que habían sido mis amantes y habían formado parte de mi vida. En un tono conciliador y sintiéndome algo culpable de mis actos, le dije:

—Marie, me voy; puede que para siempre, sigue tu vida y si lo crees necesario... ¡olvídame!

Mis palabras consiguieron dañarle en lo más profundo de su ser; lo sentí sobremanera pero no podía convertirme en quien no era. Mi verdadera vida le era ajena y posiblemente de haberla conocido no se hubiese quedado conmigo los doce días que permanecimos juntos en París. El hecho de estar casado no me convertía en menos libre para mantener las relaciones que quisiera con otras mujeres, mi esposa conocía de sobra mi manera de ser, y a pesar de ello, se había casado conmigo convencida de lo que hacía y encantada de realizarlo. Ahora me tocaba estar a su lado y proseguir mi trabajo en Madrid. Ambos éramos propietarios de un local destinado a realizar tratamientos de belleza y salud, gestionando el uso de un espacio hidrotermal que teníamos a disposición de nuestros clientes y que pertenecía a su vez a un hotel conurbano.

Marie se despidió de mí con lágrimas en los ojos y una cara de desamparo que me hizo sentir como un miserable de nuevo. Antes de montarme en el tren me dijo algo que aún no he podido olvidar:

—¡Seguiré yendo a ver a tu abuela y esperaré a... que un día regreses por mí...!

Repitió su frase por dos veces, frente al público que abarrotaba los andenes de la estación de Saint Germain y yo no tuve palabras de réplica para su declaración. Le extendí la mano

mientras subía al tren y a gritos le repetí: ¡Marie sé feliz!, por favor ¡sé feliz! El tren arrancó, y la figura de mi dulce Marie se comenzó a alejar hasta perderse en la niebla para siempre. Busqué mi asiento y comencé a pensar en mi vida y en la que había dejado atrás, y sin saber bien por qué, no me sentí muy satisfecho.

...

*“Querido Sebastián,*

*Te escribo desde París porque no he podido dejar de pensar en ti durante todo este tiempo; he sabido tu dirección de Madrid a través de tu abuela a quien suelo visitar dos veces por semana. Necesito que me llames; que me escribas, o que te pongas en contacto conmigo del modo en que tú quieras. ¡Hazlo por favor!”*

*Marie.*

...

Recibí la carta de Marie a las pocas semanas de llegar a Madrid y su mensaje por primera vez en la vida removió mis principios y conciencia de una forma sorprendente. Escondí infantilmente la nota del alcance de mi esposa porque no me gustaba que ella conociese explícitamente mis andanzas con otras mujeres, y luego estuve pensando durante unos minutos en

la conveniencia de responder a Marie o no. Tal vez si no lo hacía, pensaría que yo ya la había olvidado; y madurando mis intenciones por una vez y sin que sirviera de precedente me pareció más sensato no contestar, algo de ella se había quedado muy dentro de mí; sus conversaciones, su inteligencia, y su modo de ser me hacían ensimismarme de cuando en cuando recordándola y eso... no me gustaba...

Mi mujer era otra cosa, fiel y generosa, no ponía reparos a mis salidas, viajes o aficiones, se había hecho cómodo vivir a su lado y no sentía la necesidad de darle cuentas de nada, a cambio me ofrecía un cariño y una compañía difíciles de encontrar en otra persona. En muchas ocasiones pensé lo injusto que resultaba para ella no tener los mismos sentimientos ni expectativas con respecto a nuestra relación, y cuando intentaba hablarle de ello, eludía el tema con palabras de disculpa y justificación hacia mi conducta que la restaban la trascendencia que sin duda tenía. Era una mujer peculiar, daba todo a cambio de nada y por eso a mi modo la quería. En cuanto a su aspecto físico era todo lo contrario a Marie; poco refinada, pasada de peso, con una imagen algo descuidada... pero siempre tenía todo tan a punto, tan perfecto y cómodo... que hacía que mi vida transcurriese de un modo sencillo y afable, y aunque me hacía sentir en muchas ocasiones como un tirano esclavizando a su mujer, la realidad era otra; lo hacía porque sentía la necesidad de hacerlo y no porque yo nunca se lo pidiera, supongo que era más cuestión de costumbres o de educación que de una exigencia por mi parte. En fin, nunca la entendí. Al principio pretendía que mirara más por ella misma, que se quisiese un poco y que aprendiera a disfrutar de su vida, de su cuerpo y de nuestra relación, pero tuve la sensación que era incapaz de recibir el mensaje ni de darse por aludida en lo más mínimo.

Finalmente abandoné el propósito y la dejé vivir tal cual quería. Así, a su modo.

Yo había tenido relaciones con otras mujeres durante los últimos años de mi matrimonio, y la verdad es que no lo sentía como algo falto de consideración hacia ella sino más bien un pequeño privilegio que mi extraña situación me ofrecía a cambio de no haber resultado todo lo maravillosa que esperaba. Encontré en mi camino a un sin fin de personas interesantes que me abrían unos horizontes de los que no podía disfrutar en mi casa, y con estos pequeños o grandes escauceos le daba a mi vida una emoción que me parecía suficiente como para ir soportando la mediocridad que me acompañaba todos los días. En Madrid siempre encontraba excusas para salir solo y regresar algo más que feliz a casa, pero la sensación que había sentido junto a Marie, juro que me había sido desconocida hasta el día en que la encontré, a veces pensaba en cómo sería la vida si la rehiciera de nuevo junto a ella pero no me sentía capaz de abandonar a Valentina y dejarla tirada como si nunca me hubiese importado. Mi mezquindad en cambio, me permitía engañarla deseando a otras que sabía que nunca serían más del todo. Cuando terminaba con mis problemas de conciencia me sobrevenía frecuentemente una sensación muy curiosa, parecida a la paz y al perdón, y que fabricaba para mi mismo en una especie de escudo purgante de mis múltiples imperfecciones con el prójimo y con migo mismo.

•••

—¿Pasa algo Sebastián? ¿Malas noticias? —Preguntó Valentina con un gesto de resignación infinita al percatarse de la existencia

de la carta—. Su alma, aunque insignificante para mí por aquel entonces, brillaba con una luz tenue que yo mismo me había encargado de aminorar.—

—Nada, Valentina, cosas mías... No te preocupes. —Le contesté restando importancia a lo que sin duda la tenía.—

Era increíble observar la confianza que siempre depositaba en mí a pesar de los múltiples motivos que le daba para dudar. Unas horas más tarde empecé a valorar la posibilidad de regresar a París; ver a Marie y de paso visitar a mi abuela se convirtieron en auténticas prioridades que sustentaban más el deseo que la cordura. La verdad es que la idea me ilusionaba y me llenaba de una felicidad indescriptible; sólo imaginarla entre mis brazos me hacía sentir una sensación emocionante que me resultaba difícil de esconder delante de los demás. Finalmente me decidí, y me puse a elaborar un croquis que me sirviese para preparar un plan de trabajo compatible con los horarios y dedicación que Valentina debería emplear en nuestro negocio durante mi ausencia. Hablé con ella tratando de que entendiera la importancia del viaje que a su comprensible juicio, seguro que fue incapaz de conseguir; aquello no tenía ni pies ni cabeza, regresar de nuevo a Francia en un periodo tan corto de tiempo no era justificable ni necesario pero preparé las maletas y de nuevo me fui, nadie me dijo que me quedara, supongo que tampoco yo lo hubiese hecho, no resultaba muy necesario para su vida ni para el desarrollo de nuestro trabajo en la capital

•••